

digno de mi reputación querellarme por tan poca cosa. En cuanto al caballero, amigo de V., que vaya al diablo, si bien le parece. Cuando le encuentre en mi camino, le diré mi modo de pensar; si no le encuentro, no le diré nada, porque no vale la pena de molestarle por ello. En cuanto á la hija de V., que he convertido yo en la Sra. Lu Bounderby y que debía permanecer como Lu Gradgrind, si no entra en mi casa mañana, al mediodía, inferiré que prefiere quedarse en otro sitio y le enviaré su ropa y demás, para que pueda V. conservarla aquí en lo sucesivo. Respecto á la incompatibilidad que me obliga á poner este ultimatum, diré á todo el mundo: « Soy Josué Bounderby: me han educado de tal y cual modo; la señora es hija de Tom Gradgrind y ha sido educada de tal y de cual manera; pues bien, el vehículo no marchaba bien, con los dos juntos, y ha sido preciso desenganchar. » Creo, sin lisonjearme, que todo el mundo sabe que no soy un hombre ordinario; y la mayoría de la gente comprenderá que, si no me va bien con una mujer, será porque ésta es más ordinaria que yo.

— Me permito suplicar á V. que reflexione antes de tomar semejante decisión, Bounderby, — insistió el Sr. Gradgrind.

— Me decido siempre al instante — dijo Boun-

derby, poniéndose el sombrero. — Todo lo que hago, lo hago *incontinenti*; me sorprendería que Tom Gradgrind hiciera tal observación á Josué Bounderby de Cokeville, conociéndole como lo conoce, si no debiera en lo sucesivo extrañarme todo lo de Tom Gradgrind, ya que acaba de hacerse partidario de una porción de tonterías sentimentales. Le he comunicado ya mi resolución, y nada más tengo que añadir. Servidor de V.

Dicho esto, el Sr. Bounderby fué á su casa de campo y se acostó. El día siguiente, á los doce de la mañana y cinco minutos, ordenó á sus criados que empaquetaran cuidadosamente los efectos de la Sra. Bounderby y que se los llevaran á casa de Tom Gradgrind; después hizo anunciar en los periódicos la venta de una casa de campo, por *convenio amistoso*, y volvió á llevar vida de soltero.

CAPÍTULO XXXII

PERDIDO

No se perdió de vista, sin embargo, el robo de la casa de banca; y el asunto, desde aquel día, ocupó el primer sitio en la atención del jefe

de aquel establecimiento. Para demostrar que no sin motivo se lisonjaba continuamente de su prontitud y actividad, el Sr. Bounderby, en su calidad de hombre poco común, que debía su encumbramiento á sí propio; en su calidad de maravilla comercial, más admirable que la misma Venus que saliera del seno de las olas, al paso que él salió del seno del fango; el Sr. Bounderby tendía á demostrar lo poco que sus sinsabores domésticos disminuían su actividad industrial. Por consiguiente, durante los dos primeras semanas de su segundo celibato, movióse más que de ordinario y armó tal alboroto respecto al robo, que los agentes encargados de perseguir á los autores deseaban que no se hubiese cometido. No daban nunca con ellos. Habían perdido la pista. Aunque se mantuvieran tan tranquilos, desde que la noticia se divulgara, de modo que la gente creyera que las averiguaciones se habían abandonado por inútiles, nada nuevo se había descubierto. Cada uno de los culpables, hombres y mujeres, había huído del alcance de los polizontes. Ninguno de ellos había dado el menor paso que pudiera hacerles traición. Lo más sorprendente era que no se había oído hablar más de Esteban Blackpool, y la vieja también se hallaba rodeada de misterio.

Así estaban las cosas, sin que ninguna señal oculta indicase que debían ir más lejos, hasta que el Sr. Bounderby, viendo que las pesquisas no daban resultado, se decidió á dar un golpe atrevido. Redactó é hizo fijar un cartel, ofreciendo una recompensa de quinientos francos al que prendiera ó hiciera prender al llamado Esteban Blackpool, supuesto cómplice en el robo del banco de Cokeville, cometido la noche de... del mes... del año..., etc. Dió las señas del citado Esteban Blackpool, es decir, hizo una descripción minuciosa de su traje, de su tez, de su estatura aproximada y de sus maneras; explicó de que manera se marchara el obrero de la ciudad, indicando el sitio en que se le viera por última vez. El cartel se imprimió en grandes caracteres negros, sobre papel blanco, fijándose en todas las paredes de la población, por la noche, para que este aviso diera en los ojos de la población entera.

Aquella mañana las campanas de las fábricas tuvieron que doblar con violencia, para que acudiesen al trabajo los grupos de obreros que, apiñados ante los carteles, al despuntar el día, los devoraban con ojos ávidos, y los más ávidos no eran los de los que sabían leer, sino de los ignorantes: éstos, escuchando al amigo que leía en alta voz (siempre encontraban á alguno que

les prestara ese servicio), contemplaban los caracteres que decían tantas cosas con un terror vago y un respeto que hubieran parecido casi risibles, si el espectáculo de la ignorancia pública no estuviera siempre lleno de amenazas y de infortunios. ¡ Cuántas miradas y cuántos oídos se ocuparon aquel día en el asunto de los carteles, en medio del funcionamiento de las agujas, de la trepidación de los telares y del ron-ron de las ruedas! Y, cuando los obreros se dispersaron, no fueron menos los lectores de los carteles.

Slackbridge, el delegado, convocó para aquella noche á su auditorio. Había obtenido del impresor un cartel nuevo, que llevaba en el bolsillo. Oh amigos míos y compatriotas, trabajadores oprimidos de Cokeville, oh hermanos míos en humanidad y trabajo, oh conciudadanos, ¡ qué bullicio, cuando Slackbridge desdobló lo que él llamaba : « este documento infernal », y lo expuso á las miradas y á la execración de la comunidad obrera !

¡ Oh hermanos míos en humanidad, ved de lo que es capaz un traidor, que ha huido del campo de los grandes corazones, alistados bajo la bandera santa de la justicia y de la unión !
¡ Oh amigos míos, queridos compañeros de humillación, que sufrís el yugo soberbio de la tiranía, vosotros á quienes el despotismo pisotea

en el polvo, donde os quisiera hacer arrastrar el vientre hasta el fin de vuestros días, como la serpiente del paraíso terrenal; oh hermanos míos, nada he de añadir, como hombre; oh hermanos míos ¿ qué pensáis *ahora* de Esteban Blackpool, con sus espaldas ligeramente encorvadas y su estatura de unos cinco pies y siete pulgadas, tal como nos lo ofrece este documento infamante, esta hoja de deshonor, este cartel pernicioso, este anuncio abominable? ¿ Con qué indignación soberbia aplastareis la vibora? ¿ Quién quisiera otorgar esa tarea y esa vergüenza á la sagrada raza que, felizmente, ha desterrado al infame y lo ha rechazado por siempre de su seno? Recordareis la noche en que se os presentó aquí; ya sabéis como, palabra por palabra, le perseguí en sus contestaciones tortuosas: ya sabéis de qué modo bajó la cabeza, volviéndose, yendo con rodeos y subterfugios, hasta el momento en que, no sabiendo ya de que pié cojeaba, se vió echado por mí de este recinto, siendo después señalado por el dedo del desprecio y quemado al hierro candente de todo espíritu serio y libre. Amigos míos, trabajadores, (pues me lisonjeo de tal estigma) vosotros que habeis levantado vuestra cama, dura pero honrada, con el fruto de vuestro trabajo, y no en el crimen, vosotros que ganais con el sudor

del rostro un pan insuficiente, aunque libre, ¿qué nombre merece, en vuestra opinión, ese vil cobarde, que se presenta ante vosotros sin careta y en toda su natural fealdad?... ¿Un qué?... ¡Un ladrón! ¡Un bandido! ¡Un prófugo! ¡Un proscrito, cuya cabeza se halla tasada! ¡Una úlcera para el carácter noble del tejedor de Cokeville! Por tanto, oh hermanos míos, que estais asociados en una santa obra, á la que vuestros hijos y nietos, aun antes de nacer, han prestado su conformidad, propongo en nombre de la Agregación del Tribunal Reunido, que mira siempre por vuestro bien, que se preocupa sin cesar de vuestros intereses, propongo en este meeting la siguiente declaración: que habiendo la comunidad de obreros de Cokeville renegado solemnemente de Esteban Blackpool, tejedor, á quien se alude en este cartel, no tiene nada que ver la misma con sus delitos vergonzosos, no siendo tampoco responsable, como clase social, de sus actos deshonorosos.

De este modo habló Slackbridge, rechinando de dientes y sudando como un buey. Algunas voces severas gritaron: « No », y otras, en número de unas cuarenta, apoyaron la oposición con gritos de: « ¡Escuchad! ¡Escuchad! » Hasta hubo un obrero que dirigió al conferen-

ciante la siguiente amonestación: « ¡Slackbridge, vais demasiado lejos! ¡Moderaos! » Pero eran sólo algunos pigmeos contra un ejército de gigantes; la mayoría de la asamblea se avino á lo predicado en el evangelio de San Slackbridge, aclamándole por tres veces, mientras él, gesticulando y jadeante, permanecía de pie ante ellos.

No bien se echaron á la calle los obreros y obreras que tomaran parte en aquella reunión, Sissy, á quien llamaran poco antes, volvió al lado de Luisa:

— ¿Qué hay? — pregunto ésta.

— Esta aquí el Sr. Bounderby — contestó Sissy, pronunciando este nombre tímidamente — con su hermano el Sr. Tom y una joven que dice llamarse Raquel y á quien V. conoce.

— ¿Qué quieren, Sissy?

— Desean verla. Raquel tiene los ojos encendidos y parece que está muy irritada.

— Papá, — dijo Luisa (pues el Sr. Gradgrind se hallaba presente) — no puedo menos de recibirlos, por una razón que se explicará. ¿Pueden entrar aquí?

El Sr. Gradgrind no veía en ello inconveniente, y Sissy fué á buscar á los visitantes. Casi inmediatamente volvió con ellos. Tom fué el último en entrar, y quedóse en el rincón más oscuro de la estancia, cerca de la puerta.

— Señora Bounderby — dijo el marido, saludándola friamente — espero que no la molestaré. La hora no es muy adecuada, quizá. Esta joven dice cosas que hacen mi visita necesaria. Como el hijo de V., Tom Gradgrind, se obstina en guardar silencio, me he decidido á realizar esta confrontación.

— Usted me ha visto ya una vez, señora — dijo Raquel, poniéndose frente de Luisa.

Tom tosió.

— Usted ma ha visto ya una vez, señora — repitió Raquel, viendo que Luisa no contestaba.

Tom tosió de nuevo.

— Es verdad.

Raquel miró con altivez al Sr. Bounderby y repuso :

— ? Quiere V. manifestarnos, señora, donde nos vió y cuáles eran las personas presentes?

— Fuí á la casa en que se alojaba Esteban Blackpool, la noche en que lo despidieron de la fábrica, y allí ví á usted. Se encontraba también con ustedes una mujer vieja, la cual no habló y apenas la pude distinguir, pues se hallaba en un rincón oscuro. Me acompañaba mi hermano.

— !Cómo! ¿No podía V. decirnos esto antes, Tom? — preguntó Bounderby.

— Prometi á mi hermana no decirlo... (Luisa confirmó este aserto)... Por lo demás, — añá-

dió el mequetrefe, con amargura — lo explica ella tan bien y con tantos detalles... que hubiera sido lástima privarla de tal placer!

— Haga el favor de decirnos, señora — prosiguió Raquel — ¿por qué motivo fué V. á casa de Esteban Blackpool aquella desgraciada noche?

— Me daba lástima — replicó Luisa, sonrojándose mucho — y deseaba saber lo que se proponía, para prestarle mi ayuda.

— Gracias, señora — dijo el Sr. Bounderby — ¡Le estoy muy agradecido!

— ¿No le ofreció V. — preguntó Raquel — un billete de banco?

— Si; pero él lo rehusó, y sólo pude hacerle aceptar cincuenta francos en oro.

Raquel volvió de nuevo los ojos hacia el Sr. Bounderby.

— ¡Si, por cierto! — dijo Bounderby. — Reconozco que se confirman los puntos del cuento que me ha contado V., por ridiculo é inverosímil que me pareciese al principio.

— Señora — dijo — se trata á Esteban Blackpool de ladrón en impresos que se han fijado al público en esta ciudad y, quizá, en otros sitios. Esta noche se ha celebrado un meeting para hablar de él en forma deshonrosa. ¡Esteban es el hombre más honrado, más franco y más bueno que en el mundo existe!

Cedió la indignación al dolor é interrumpióse ella con sus sollozos.

— Crea V. que lo deploro — dijo Luisa.

— ¡Oh, señora, así lo espero! — contestó Raquel. — Pero no sé nada. Ignoro lo que puede V. haber hecho. Ustedes no nos conocen, no se preocupan de nosotros ni se creen de la misma especie. No estoy segura del motivo que la llevó á casa de Esteban. No puedo decirle que haya venido V. con alguna intención secreta, sin pensar en el dolor y la desdicha que podía causar á aquel muchacho. Entonces le manifesté : « ¡Que Dios la bendiga, por haber venido! », y lo dije de todo corazón. ¡Parecía V. apiadarse tanto de su pena! ¡Más hoy no sé, no sé!

Viéndola tan fiel en su estimación por Esteban Blackpool y tan profundamente afligida, Luisa no tuvo ánimo de reconvénirla por sus injustas sospechas.

— Cuando pienso — dijo Raquel, en medio de sus sollozos — que el pobre chico estaba tan agradecido, creyendo que V. era tan buena para él; cuando pienso que se llevó la mano al semblante fatigado, para ocultar las lágrimas á que le moviera tal acción... ¡Oh! sí, espero que lo deplora V., como dice, y que no tenga ningún motivo oculto para ello... ¡Mas no sé, no sé!

— ¡Vaya! Solo nos faltaba esto — aulló el mequetrefe, agitándose con desasosiego en su rincón scuro. — ¿Ha venido V. aquí para insultar á la gente? Merecería que la pusieran á la puerta, para aleccionarla. ¡Esto sería lo más justo!

Nada respondió ella, y sólo se oyó el murmurio de su llanto ahogado, hasta que el Sr. Bounderby se puso á hablar.

— Vamos — dijo. — Ya sabe V. lo que ha prometido. En vez de llorar, mejor será que piense en ello.

— Me da vergüenza — dijo Raquel, enjugando sus lágrimas — que me hayan Vds. visto en tal estado; pero ya ha concluido. Señora, al leer lo que se ha impreso contra Esteban (una sarta de mentiras, como si las aplicaran á V.) me diriji á la casa de banca, para manifestar que conozco el punto en que se halla Esteban y prometer que estará aquí dentro de dos días. No encontré al Sr. Bounderby, y el hermano de V. me despidió; después traté de ver á V. y, no pudiéndolo lograr, volví á mi trabajo. Al salir de la fábrica, he oído lo que se habla de Esteban; pero sé bien, y lo digo con orgullo, ¡que volverá para desautorizarlos! He ido, pues, de nuevo á casa del Sr. Bounderby, habiéndole, por fin, encontrado; le he dicho todo lo

que sé, él no me ha dado crédito y por ello me ha conducido aquí.

— Todo ello, hasta aquí, es muy exacto — convino el Sr. Bounderby con las manos en el bolsillo y el sombrero en la cabeza. — Pero no hace dos días que les conozco, á Vds, y, enténdolo V. bien, sé que no ocultan su lengua en el gznate. Pero no se trata ahora de hablar, sino de obrar. Usted ha prometido hacer algo : pues bien, hágalo. Esto es todo.

— He escrito á Esteban por el correo de esta noche, como ya le he escrito una vez, desde que se marchó — dijo Raquel — y estará, aquí, lo mas tarde, dentro de dos días.

— Bien. Ahora yo voy á decirle una cosa — replicó el Sr. Bounderby. — También se la ha vigilado á V. de tiempo en tiempo, pues no se halla V. libre de la sospecha de complicidad en este asunto, por lo que dice el adagio de que *Dios las cria y ellos se juntan*. Tampoco se ha olvidado lo del correo. He de decirle que no es verdad que pasase por el buzón ninguna carta dirigida á Esteban Blackpool. Hágame el obsequio de decirme por donde ha podido pasar. A menos que V. misma se engañe y no le haya escrito nunca.

— Aun no hacia ocho días, señora — dijo Raquel, volviéndose á Luisa — que se había

marchado, recibí carta de él, la única que me haya escrito, diciéndome que tenia que buscar trabajo con nombre supuesto.

— ¡Ah! ¡Por san Jorge! — exclamó Bounderby, silbando. — ¡Cambia de nombre! ¡Diablo! ¡No es muy agradable eso para un personaje tan immaculado! Ya sabe V. que los tribunales encuentran siempre sospechoso que un inocente haga uso de distintos nombres.

— ¿Qué quisiera V., señora — dijo Raquel, con lágrimas en los ojos — que quisiera V., en nombre del cielo, que hiciese el pobre chico? Tenia á los patronos contra él, de una parte, y los obreros de otra, á pesar de que pedía sólo trabajar en paz y vivir honradamente? ¿No puede un obrero tener una alma y una voluntad propias? ¿Es preciso que obre mal para con unos, ó para con otros, si quiere que no le hostiguen como á una liebre?

— Es cierto. Es cierto. Lo compadezco de todo corazón — respondió Luisa — y espero que se justificará.

— Respecto á esto, señora, puede V. estar segura de que sí.

— ¿Podemos estar seguros de ello, á pesar de que no quiera V. decirnos dónde se halla?

— Nada quiero hacer por que venga aquí de malgrado. Volverá espontáneamente, de su pro-

pia voluntad, para justificarse y dar un mentís á los que han querido mancillar su reputación, mientras él no podía defenderse. Le he dicho lo que se forja en contra suya — dijo Raquel, firme como una roca, ante las insinuaciones del Sr. Bounderby — y estará aquí, lo más tarde, dentro de dos días.

— Á pesar de lo cual — añadió el Sr. Bounderby. — Si antes se le echa mano encima, tendrá ocasión de disculparse inmediatamente. Por lo que á V. hace, nada tengo que decir en contra; es verdad lo que ha venido á V. á contarme; sólo que le he dado yo los medios de demostrarlo, y nada más. ¡Buenas noches tenga V.! Debo ir á examinar más á fondo este asunto.

Salió Tom de su rincón, no bien se moviera el Sr. Bounderby; le siguió, se puso á su lado y se alejó con él. La única frase de cortesía que pronunciara, antes de salir, fué un bruseo « Buenas noches, papá. » Después de este lacónico discurso y de una mirada fosca á su hermana, abandonó la casa.

Desde que su áncora de salvación había vuelto á ella, el Sr. Gradgrind no hablaba mucho. Aun no había roto el silencio, cuando Luisa dijo dulcemente :

— Raquel, cuando me conozca V. mejor, no desconfiará de mí.

— No está en mi modo de ser — respondió Raquel, en tono más amistoso — desconfiar de nadie; pero cuando se desconfía tanto de mí... de todos nosotros... no puedo rechazar tales ideas. Le pido mil perdones por haberla ofendido. No pienso ya lo que decía hace poco. Y, sin embargo, puede ello repetirse, viendo la injusticia con que se trata al pobre Esteban.

— ¿Le ha dicho V. en la carta — preguntó Sissy — que se sospecha de él, según parece, por haber rondado delante de la casa de banca, al anochecer? Es un dato que puede serle útil para las explicaciones que debe dar á su regreso. De este modo, no le cogerán desprevenido.

— Si, querida señora — respondió Raquel — aunque no pueda yo adivinar lo que pudo hacer allí. Nunca iba por aquel sitio. No era su camino, sino el contrario. Su camino era el mío, y éste no pasa por allí.

Sissy se había acercado á Raquel, preguntándole donde vivía, y si podría ir el día siguiente á su casa, para saber noticias de Esteban.

— Dudo — dijo Raquel — que pueda hallarse aquí antes de dos días.

— Entonces, volveré también pasado mañana por la noche — dijo Sissy.

Cuando Raquel se hubo marchado, después

de consentir en esta visita, el Sr. Gradgrind levantó la cabeza y dijo á su hija :

— Querida Luisa, jamás he visto á ese hombre, que yo sepa. ¿Crees tú que se halla verdaderamente comprometido en este asunto ?

— Llegué á creerlo, papá, con mucho pesar, pero ahora lo dudo.

— Es decir, que has hecho todo lo posible por creerle culpable, al ver las sospechas que sobre él recaían. ¿Qué piensas de su apostura y de sus maneras? ¿Su aspecto es honrado?

— Muy honrado.

— ¿Y esa Raquel, cuya confianza no vacila un momento? Me pregunto — dijo el Sr. Gradgrind preocupado — si el verdadero culpable ignora tales acusaciones. ¿Dónde está? ¿Quién puede ser?

Poco tiempo hacía que los cabellos del Sr. Gradgrind habían empezado á perder el color. Como apoyara su cabeza grisácea y su semblante envejecido en la mano, Luisa, con el semblante lleno de espanto y de piedad, fué á sentarse con apresuramiento al lado de su padre. En aquel instante sus ojos se cruzaron casualmente con los de Sissy. Ésta se sonrojó y se estremeció. Luisa llevó entonces un dedo á sus labios.

Á la noche siguiente, cuando Sissy comunicó

que Esteban no había regresado, lo dijo en voz baja. Á la segunda noche, volviendo con la misma noticia, habló en voz misteriosa y espantada. Á partir de aquel cambio de mirada, no pronunciaron ellas más el nombre del tejedor, ni á él aludieron, cuando menos en alta voz. Siempre que el Sr. Gradgrind hablaba del robo, parecía como si quisiesen cambiar de conversación.

Transeurrieron los dos días prefijados; pasaron, en junto, tres días y tres noches, sin que se presentara Esteban, sin que se oyera hablar de él. El cuarto día Raquel, cuya confianza seguía siendo inquebrantable, pues pensaba que se había extraviado su carta, fué al despacho del banco á mostrar las cuatro líneas que recibiera de Esteban; en ellas daba éste su dirección, que era en una de las numerosas colonias obreras, algo separadas de la gran carretera, á unas veinte millas de distancia. Enviáronse mensajeros al indicado sitio, y toda la ciudad esperaba que Esteban sería conducido á ella al siguiente día.

Durante ese tiempo, no se apartó el mequetrefe un instante del Sr. Bounderby, como si fuera su sombra, acompañándole en todas sus diligencias. Estaba muy agitado, con una horrible excitación febril, mordiéndose los dientes en

la carne viva y hablando casi con tartamudeo. Algo había en su voz de enronquecido y sus labios estaban casi negros, como si hubiesen pasado por el fuego. Á la hora en que se esperaba al supuesto ladrón, se halló el mequetrefe en el andén del ferrocarril, apostando á que el obrero había desaparecido antes de que llegasen á él los mensajeros enviados, y que no se le vería más.

Tenia razón el mequetrefe. Los agentes volvieron solos. Había salido la carta de Raquel, y ésta fué reclamada en correos, y Esteban se había largado al punto. No se sabía más. No cabía duda para el espíritu de los cokeburgueses : se preguntaban éstos si Raquel había escrito realmente á Esteban para que viniese, ó si le avisó para que se escapase. Las opiniones estaban divididas sobre el particular.

Transcurrieron seis y siete dias, y comenzó de nuevo otra semana. El miserable mequetrefe volvió á mostrarse á la gente con ánimo triste, desafiándola.

— ¡Ah! ¿Que aquel sospechoso individuo no era quizá el ladrón verdadero? ¡Bonita suposición, á fe mía! ¿Dónde, pues, se encontraba y por qué no volvía?

¿Dónde se hallaba? ¿Por qué no volvía? En medio de la noche sombría, el eco de estas

mismas palabras, que de día lanzara á diestra y siniestra, volvieron á resonar, á falta de Esteban, en el oído de Tom hasta el siguiente día.

CAPÍTULO XXXIII

POR FIN, SE LE ENCUENTRA

Transcurrieron un día y una noche, luego otro y otra, sin que compareciera Esteban Blackpool. ¿Dónde se hallaba y por qué no venía?

Sissy iba cada noche á casa de Raquel, sentándose á su lado, en la limpia habitación. Raquel trabajaba durante el día á más no poder, como acostumbra esa gente, á despecho de sus inquietudes. Poco se interesaban las culebras de humo en si alguien huía ó era arrestado, fuese un culpable ó un inocente : á despecho de lo que sucediere, no se apartaban de su existencia rutinaria ni los elefantes atacados de melancolía ni los partidarios de los hechos positivos. Pasaron un día y una noche, luego otro y otra, sin que nada nuevo fuese á interrumpir la monotonía cokeburguesa. La desaparición de Esteban Blackpool cobraba el aspecto de todas las cosas de Cokeville, convirtiéndose en un hecho